

Lectura, escritura y desarrollo

Felipe Garrido

*Al iniciarse la X Feria Internacional del Libro de Panamá, el escritor y editor mexicano Felipe Garrido, Premio Xavier Villaurrutia por el libro *Conjuros*, dictó una conferencia sobre las relaciones de la lectura y la escritura con el desarrollo social, en el caso de México y de las comunidades latinoamericanas, a partir del ejemplo arquetípico de José Vasconcelos.*

Comienzo con versos; siempre los poetas deberían inaugurar las fiestas de la palabra; el idioma culmina en la poesía.

Aunque hoy no hablaré de poesía. Mi charla se titula “Lectura, escritura y desarrollo”. Claramente, yo estoy convencido de que la lectura y la escritura son factores decisivos para el desarrollo de los pueblos, en todos los órdenes, y me interesa compartir con ustedes estas reflexiones.

De los escritores y los lectores; de la escritura, la lectura y los libros, se ocupa la feria. Y la voz *libros*, por economía y tradición, engloba aquí todas las formas de preservar y reproducir la palabra, y todos los soportes que le permiten manifestarse; de la piedra al ciberespacio. Cada soporte, cada tipo textual, cada una de sus combinaciones implican peculiaridades; hasta ahora tales diferencias no han sido tan profundas como para que no podamos seguir llamando a lo que hacemos *leer* y *escribir*.

Con la palabra, que nos permite acumular y transmitir experiencias —más aún cuando está escrita; más ahora, potenciada por las nuevas tecnologías—; con la palabra que leemos y escribimos, con la palabra completa, digo, hemos alzado esta nuestra contradictoria civilización, plagada de miserias y por momentos gloriosa. La palabra ha sido siempre, aún lo es ahora, privilegio de pocos, dueños del poder y la riqueza, del conocimiento y la información. En náhuatl, la lengua de los mexicas, el gobernante supremo es el *tlatoani*, “el que habla”.

Hace no mucho tiempo, cuando la idea de que la educación es un derecho de todos empezaba apenas a extenderse, con enormes trabajos, porque no todo el mundo estaba convencido de que en verdad sirviera de algo estudiar y muchos preferían —todavía hoy lo prefieren— que sus hijos siguieran trabajando en lugar de ir a la escuela; hace no mucho tiempo, digo, escribir y

leer eran en los colegios materias separadas: y mientras en el salón de leer podía haber cuarenta niños y tres o cuatro niñas, al de escribir acudían menos de la mitad. Está claro que en aquellas sociedades había un estrato dueño de la palabra y el poder, que necesitaba y podía escribir, mientras al resto no se le permitía ir más allá de

Un día el vapor fue domado, irrumpió la industria, surgió el proletariado, floreció el comercio, hizo falta más gente que llevara las cuentas, pleitos y estrategias de ventas de aquella nueva sociedad. El mundo comenzó a hacerse urbano y cada vez hizo falta más gente que supiera leer y escribir, aunque fuera de manera elemen-



José Vasconcelos, Jaime Torres Bodet y Gabriela Mistral

la lectura, de modo que pudiera recibir órdenes y no tuviera la tentación de contestar.

Parece que eso ha comenzado a cambiar. Pero aun donde hay cambios estos no son tan profundos ni acelerados como quisiéramos. Tanto a Panamá como a México les falta mucho para que tengan todos los lectores capaces de escribir que les hacen falta; “No para que todos sean escritores —Rodari—, sino para que nadie sea esclavo”.

Durante siglos nuestras naciones fueron analfabetas. ¿Cómo podían educarse y progresar, si su gente era incapaz de leer y escribir? Sus economías dependían del trabajo de hombres y mujeres que no tenían ningún derecho, que vivían como esclavos. ¿A quién le podía interesar que escribieran o leyeran?

Los progresos fueron más lentos que un atardecer tropical. Los ajustes, en cambio, fueron violentísimos.

En 1910 estalló la Revolución mexicana. Diez años después, cuando aquel huracán de sangre y fuego se aquietó, el país estaba en ruinas; sin cultivos ni fábricas ni minas ni comercio... Lo más lamentable, porque si falta eso falta todo lo demás, sin escuelas ni maestros. Maestros, que van antes que las escuelas. Una escuela sin maestros es una ruina inútil. En cambio, donde haya un maestro habrá siempre una escuela; un buen maestro lleva en sí la escuela. Un buen maestro quiere decir un maestro lector capaz de producir textos; un maestro que lee y escribe, todos los días, porque debe hacerlo y por el gusto de hacerlo.

Vuelvo a aquel tiempo: la Revolución había terminado y hacía falta remediar el desastre. En 1921 fue creada la Secretaría de Educación Pública (SEP). Su primer titular fue José Vasconcelos: un hombre impaciente. Ya en 1920, antes de que fuera secretario de Educación, des-



Gabriela Mistral

de la Universidad Nacional, de la que era rector, cinco veces había convocado al pueblo para que quienes sabían leer y escribir lo enseñaran a los analfabetos. Hubo mucho ruido, pocas respuestas y resultados pobres. Los “maestros honorarios” eran voluntarios sin paga ni preparación ni organización. Vasconcelos, además, quiso ser presidente, y en el intento se distrajo. Menos de tres años pasó al frente de la Secretaría.

Vasconcelos demostró que, si no coinciden con un trabajo de campo sólido, callado y tenaz, las campañas de alfabetización son una espectacular manera de tirar a la basura tiempo y recursos. Una vez que pasan, todo queda como estaba.

La prioridad era que los mexicanos escribieran y leyeran, pero en el país faltaban libros que a Vasconcelos le parecían indispensables; así que decidió editarlos. Comenzó cuando era rector de la Universidad, y continuó con ellos en la SEP. Compró a diversos editores decenas de miles de libros de geografía, historia, matemáticas, español, botánica y otras asignaturas. Y encargó a colaboradores cercanos la producción de algunos de esos otros libros que son los que en verdad forman lectores y no tienen más propósito —aunque en el camino puedan enseñarnos esto y lo otro— que enamorarnos de la lectura: “el libro del cuento mágico, del verso de luz, de la pintura maravillosa, de la deleitable música; el libro de la fantasía, del milagro, de la hermosura; el libro bello, en suma, sin otra utilidad que su belleza” —dijo Juan Ramón Jiménez, hablando de esa clase de libros, cuando estaba ya transterrado en Puerto Rico.

Vasconcelos encargó a Gabriela Mistral unas *Lecturas para mujeres* que ahora pueden parecer nos machistas, pero que entonces eran avanzadas. A un grupo de talentosos poetas y ensayistas casi adolescentes las *Lecturas clásicas para niños*, que buscaron recoger los más hermosos textos que había producido la humanidad. Editó la revista *El Maestro*, que llegaba a los hogares y se ocupaba lo mismo de higiene y cultivos caseros que de poesía. Publicó, y esto fue lo que más llamó la atención, una colección de 17 autores clásicos, en tirajes enormes para la época y el lugar — algunos títulos llegaron a los diez mil ejemplares—. Sus enemigos lo acusaron de dilapidar el erario para poner a autores como Tagore, Dante, Plotino y Platón en manos de gente que no sabía leer: 80 de cada cien mexicanos. Los fines de semana el secretario en persona salía en su automóvil a repartirlos. La influencia de esos clásicos se extendió por todo el continente y vale la pena recordar un posible eco literario: el viejo librero catalán que en *Cien años de soledad* regala libros de Séneca y Ovidio a Aureliano Segundo y sus amigos y del cual dice García Márquez que “su fervor para la palabra escrita era una urdimbre de respeto solemne e irreverencia comadrera”.

Pero para formar lectores no basta con producir y repartir libros. Por supuesto tiene que haber libros en manos de la gente y las campañas no hacen más daño que desperdiciar recursos, pero lo que nos hace lectores es que alguien nos llene el corazón y la cabeza de datos, historias y versos, que nos cuente y nos lea, nos acerque a los libros, nos seduzca con ellos. Lo que forma lectores es la

intervención de quienes se dedican a promover la lectura y la escritura —algunos lo hacen desde algún programa de lectura; otros naturalmente lo son o lo deberían ser: los padres, abuelos, maestros—. Vasconcelos no alcanzó a organizarlos, pero algunos de sus allegados fueron extraordinarios promotores. Cuenta Daniel Cosío Villegas, quien muchas veces acompañó a Vasconcelos a repartir libros y años después creó el Fondo de Cultura Económica:

había que ver el espectáculo que domingo a domingo daba, por ejemplo, Carlos Pellicer [...] Carlitos llegaba a cualquier vecindad de barrio pobre, se plantaba en el centro del patio mayor, comenzaba por palmear ruidosamente, después hacía un llamamiento a voz en cuello, y cuando había sacado de sus escondrijos a todos [...] comenzaba su letanía: a la vista estaba ya la aurora del México nuevo, que todos debíamos construir, pero más que nadie ellos, los pobres, el verdadero sustento de toda sociedad. Él, simple poeta, era ave de paso, apenas podía servir para encarrillarlos en sus primeros pasos; por eso sólo pretendía ayudarles a leer, para que después se alimentaran espiritualmente por su propia cuenta.¹

Con Frida Kahlo, Diego Rivera, otros artistas, ese mismo Pellicer salió a la calle a protestar y escribió al embajador de Estados Unidos en México cada vez que su país intervino en Centroamérica. Y algún día, en un poema, llamó a Vasconcelos

Sembrador silencioso:
el sol ha crecido por tus mágicas manos.
El campo ha escogido otro tono
y el cielo ha volado más alto.

Veinte años después de que Vasconcelos hubo dejado su austera, enorme y alargada oficina en la Secretaría, con dos murales esotéricos —Buda, derviches, diademas de estrellas— de Roberto Montenegro en las cabeceras, llegó a ocuparla Jaime Torres Bodet. Ministro de Relaciones Exteriores, director general de la Unesco, embajador en Francia, Torres Bodet es, sobre todo, el mayor de nuestros secretarios de Educación. Fue también un altísimo poeta. “Civilización” parece escrito para el doloroso tiempo que vivimos:

Un hombre muere en mí siempre que en Asia,
o en la margen de un río
de África o de América,

¹ Daniel Cosío Villegas, *Ensayos y notas*, Hermes, México, 1966, volumen I, pp. 15-16.

o en el jardín de una ciudad de Europa,
una bala de hombre mata a un hombre.

Y su muerte deshace
todo lo que pensé haber levantado
en mí sobre sillares permanentes:
la confianza en mis héroes,
mi afición a callar bajo los pinos,
el orgullo que tuve de ser hombre
al oír —en Platón— morir a Sócrates,
y hasta el sabor del agua, y hasta el claro
júbilo de saber
que dos y dos son cuatro...

Porque de nuevo todo es puesto en duda,
todo se interroga de nuevo
y deja mil preguntas sin respuesta
en la hora en que el hombre
penetra —a mano armada—
en la vida indefensa de otros hombres.

Torres Bodet, que había sido secretario de Vasconcelos en la SEP, encabezó dos veces el ministerio de Educación (1943-1946 / 1958-1964); se ocupó de preparar y organizar a los maestros, puso orden en la Secretaría, aumentó de manera espectacular la cobertura escolar y gracias a eso el índice de analfabetismo se redujo de 48 por ciento (1943) a poco menos de 30 (1964).

Al llegar a 1970 México tenía 48 millones de habitantes, un índice de analfabetismo de casi 26 por ciento y un nivel de escolaridad de tres años y medio. Para 2010 el analfabetismo se había reducido a 7 por ciento, y la escolaridad había aumentado a ocho años y medio. Una hazaña, mayor aun si se piensa que en esos cuarenta años los mexicanos pasamos de ser 48 millones a 112.

En el camino tomamos conciencia, con alarma, de que la alfabetización es una etapa indispensable, pero que no basta para formar buenos lectores capaces de escribir y, en consecuencia, no alcanza a detonar los procesos de desarrollo que el país necesita. Y, finalmente, de eso se trata; de que la educación y la cultura, la escritura y la lectura, los libros y las nuevas tecnologías nos lleven a vivir mejor. Dice Vasconcelos en “Un llamado cordial”, al frente del primer número de la revista *El Maestro*:

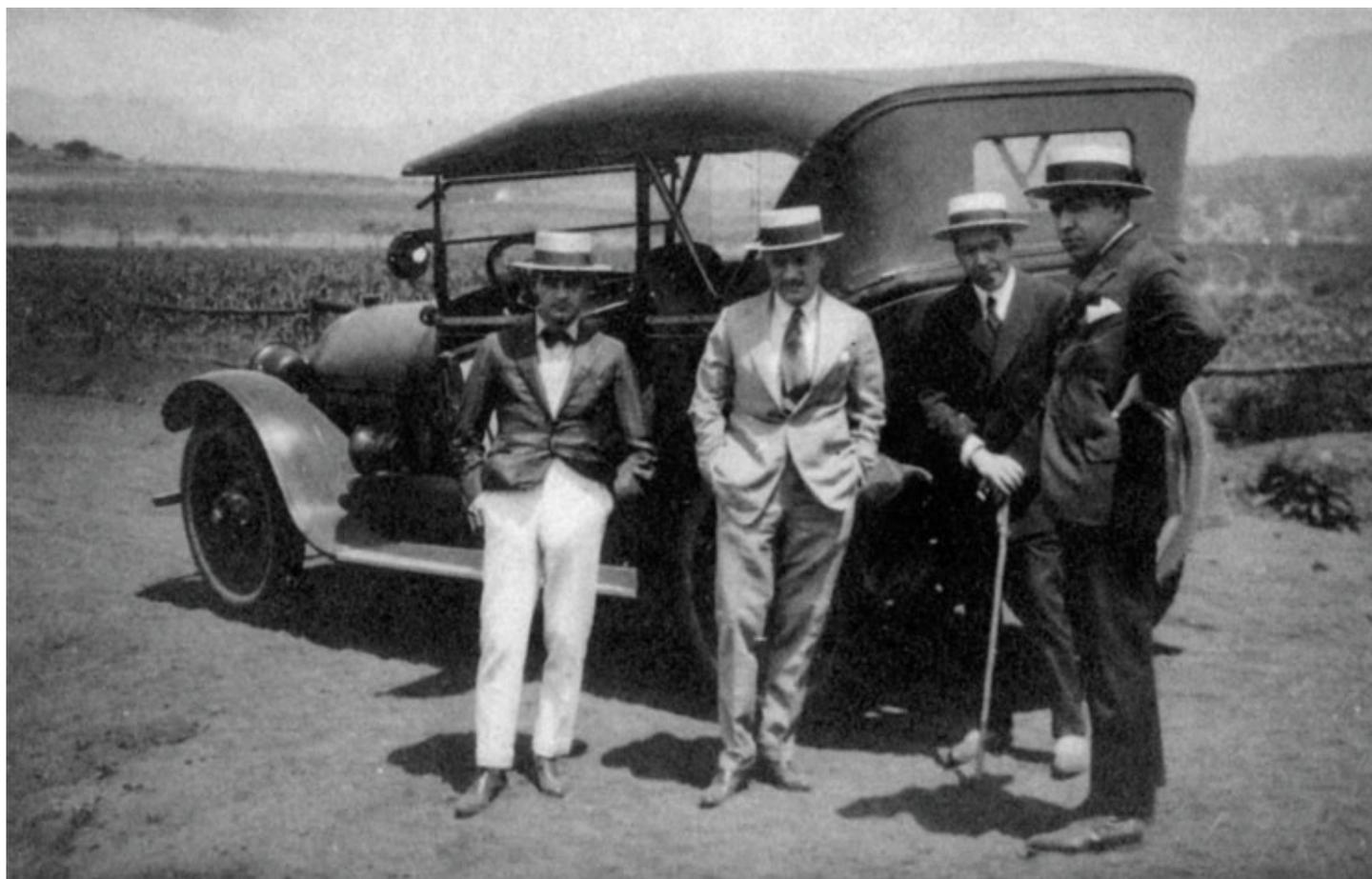
El único principio que servirá a los que aquí escriben y a los que seleccionan el material que ha de publicarse en nuestro periódico es la convicción de que no vale nada la

cultura, de que no valen nada las ideas, de que no vale nada el arte, si todo ello no se inspira en el interés general de la humanidad, si todo ello no persigue el fin de conseguir el bienestar relativo de todos los hombres, si no asegura la libertad y la justicia, indispensables para que todos desarrollen sus capacidades y eleven su espíritu hasta la luz de los más altos conceptos.

No basta pues con que la población sepa leer y escribir. No es lo mismo estar alfabetizado que ser un lector capaz de producir textos. Una persona alfabetizada sabe leer y escribir: 93 de cada 100 mexicanos pueden

Además de leer y escribir por necesidad y obligación todos los días —las lecturas utilitarias son parte de nuestra vida—, los lectores letrados y los autónomos² leen y escriben también por el interés y el placer de hacerlo. Y eso es una gran diferencia. Pues para que una lectura sea gratificante, para que nos produzca emociones y sentimientos genuinos, y nos permita formar verdaderas redes de conocimiento, hace falta ir más allá de la superficie. El buen lector aprende a profundizar en la comprensión.

Cuando alguien se forma como un buen lector, aprende a leer con todas sus potencias puestas en el proceso de



José Vasconcelos con Carlos Pellicer y Jaime Torres Bodet, 1922

hacerlo, y en su mayoría lo hacen día con día por necesidad y por obligación, para estudiar, trabajar o buscar información. Esta lectura y esta escritura *utilitarias* tienen un uso práctico inmediato y, hasta ahora, son las que suelen transmitir nuestras escuelas. Pues en la escuela lo común es que no haya lugar para la lectura y la escritura que no son *útiles*, que no están encaminadas a cumplir con las obligaciones escolares.

La lectura y la escritura utilitarias mantienen el nivel de comprensión en umbrales tan bajos que puede hablarse de casi una simulación de la lectura donde se repiten palabras que se entienden a medias, o no se entienden. Y, ya se sabe, sin comprensión no hay lectura ni escritura.

entender más a fondo lo que está leyendo. Y de esa manera leerá también cuando busque información, cuando siga un tema de actualidad, cuando estudie.

Vuelvo a 2010, para llegar al estado actual del tema que nos preocupa. Para ese año había en México más alfabetos que en 1970. Era natural, pues la población se había más que duplicado. También el número de lectores

² Defino los diversos niveles de lectores en mi libro *Para leer mejor*, Paidós, México, 2014.

había crecido, pero en proporción mucho menor. Al concluir la primera década del siglo, la población alfabetizada era de 34 millones y se dividía en dos grupos: cuatro millones de lectores letrados; y treinta millones³ que habían aprendido a leer y a escribir, pero lo hacían sólo cuando no había más remedio; treinta millones de alfabetos no lectores.

Cuatro millones de lectores frente a treinta millones de alfabetos no lectores son cifras alarmantes. Nos recuerdan al salón de leer y el salón de escribir. Estar alfabetizado y no haber sido formado como lector autónomo capaz de producir textos es como saber únicamente leer y no escribir. Es haber sido educado a medias; haber sufrido un engaño.

La diferencia entre los simplemente alfabetizados y los lectores me lleva a Montag, el bombero de Bradbury que, con sus compañeros, se dedica a quemar libros. Un día, una vieja prefiere arder con su biblioteca antes que abandonarla, y eso cambia la vida de Montag. Los bomberos y Mildred —la esposa de Montag— y el propio Montag están alfabetizados y reciben instrucciones por escrito, pero no son lectores, no han profundizado en la comprensión, no pueden hacer una lectura crítica de lo que sucede. *Fahrenheit 451* cuenta cómo un alfabeto no lector se convierte en lector.

Cuatro millones de lectores frente a treinta millones de alfabetos no lectores implican enormes desperdicios de tiempo, dinero y oportunidades, por parte de los gobiernos, las familias y las personas. Cuatro millones son muy pocos respecto al número de mexicanos alfabetizados y respecto a los que haría falta tener para alcanzar el nivel de desarrollo que el país necesita. Me imagino que la situación en Panamá debe ser semejante.

¿Para qué queremos más lectores? Los lectores que leen por el placer de leer y escriben a menudo encuentran absurda esa pregunta. La lectura es una forma de la felicidad. Se lee para leer. ¿Para qué más?

Para quienes no son lectores, hacen falta argumentos más tangibles.

Existe una relación directa, probada, entre el nivel de lectura de los estudiantes y su rendimiento escolar. Los mejores alumnos son mejores lectores que sus compañeros.

Esa es una buena razón para que nos preocupe ir más allá de la alfabetización y formar lectores letrados.

Existe también una relación directa, asimismo probada, entre el nivel de lectura de un país y su nivel de desarrollo. En las naciones donde se vive mejor se lee más.

Esa es otra buena razón para formar lectores que comprendan mejor lo que leen, que lean y escriban todos

los días; que incluyan en sus lecturas cuentos, novelas, ensayos, teatro, poemas, porque la literatura exige más de los lectores, los pone a prueba, los perfecciona.

Voy a tratar de explicar por qué sucede esto que acabo de decir. Cuando se lee y se escribe por gusto no es posible conformarse con entender a medias. Esos lectores profundizan en la comprensión tanto como pueden. Ahondar en el sentido y en el significado de lo que se lee y se escribe es un intenso placer.

Así que un lector capaz de producir textos está entrenado para entender. Ha aprendido a muestrear, a anticipar, a inferir, a relacionar datos, a rectificar lo que va entendiendo mientras sigue leyendo —estos mecanismos se adquieren sólo con la lectura misma—,⁴ a contener sus prejuicios, a reconocer las lagunas en su formación, a darse cuenta de lo que comprende —un lector incipiente o mal formado no se pregunta si está entendiendo lo que lee— y lo que no alcanza a comprender. Estar al tanto de lo que no se entiende es indispensable para construir la comprensión.

Un lector letrado capaz de escribir termina por contraer la manía de entender; llega el momento en que no acepta explicaciones a medias. Y no sólo sobre lo que lee, sino sobre todo lo demás.

La lectura por gusto ejercita el intelecto y desarrolla tres formas de pensamiento indispensables lo mismo para hacer política que para escribir poesía, llevar un negocio o jugar fútbol. El pensamiento abstracto, que nos permite manejar ideas. El pensamiento utópico, que nos permite imaginar lo que no existe. Y el pensamiento crítico, que nos permite poner en tela de juicio lo que los demás y lo que nosotros mismos sabemos, decimos, creemos, pensamos y, por lo tanto, abre la posibilidad de descubrir, rectificar, disentir, debatir, buscar acuerdos.

A lo anterior hay que agregar que un lector capaz de escribir continúa aprendiendo, multiplicando experiencias, madurando, ampliando horizontes durante toda la vida. A final de cuentas, todos terminamos por ser autodidactos y cada quien sabe hasta dónde cada quien lee. Ejercitarse en la escritura, por su parte, es una manera de adiestrarse en el arte de pensar.

Tomando todo esto en cuenta, ¿qué tiene de extraño que los mejores lectores resulten ser mejores alumnos? Entienden mejor y, por consiguiente, aprenden mejor, olvidan menos, pueden vincular unos conocimientos con otros. Su rendimiento es consecuencia

³ Expongo las cifras con detalle y cuento cómo llegué a ellas en mi libro *Manual del buen promotor*, Conaculta, México, 2012.

⁴ Véase en mi *Manual del buen promotor*, ya citado, “Los mecanismos de la comprensión —o de la lectura—”, pp. 111-116.

de su calidad de lectores letrados, capaces de escribir. Y un día, esos mejores alumnos son mejores trabajadores, mejores profesionales, empresarios y políticos más capaces... y pueden armar sociedades más prósperas y justas, donde se disfruta de un nivel de vida más alto.

En el último tercio del siglo XX el mayor reto para los mexicanos era lograr que la mayoría supiera leer y escribir. Lo que sigue ahora es formar como lectores a esos treinta y tantos millones de alfabetos no lectores que hay en el país.

¿Quién podrá hacerlo? Creo que esa tarea corresponde a la multitud de salas, clubes, círculos, programas y proyectos para la formación de lectores que han surgido en los últimos tres decenios y que son lo mismo iniciativas de particulares que de autoridades federales, estatales, municipales... Muchos están integrados por voluntarios. Muchos trabajan con las escuelas, porque son espacios bien organizados. En mi opinión, quienes deben ocuparse de la población escolarizada son los maestros.

Hasta ahora la meta de la educación básica ha sido en México alfabetizar a los estudiantes —32 millones, casi el mismo número que el de alfabetos no lectores—. En el pasado inmediato hubo autoridades y maestros que tuvieron la esperanza de delegar en manos de las organizaciones civiles la responsabilidad de formar a los alumnos como lectores letrados. Gracias a la reforma educativa que la SEP lanzó en 2013 se ha rectificado este camino. La responsabilidad de formar a los estudiantes como lectores corresponde en primerísimo lugar a los maestros y, en las familias en que esto es posible, a los padres.

Para que los maestros puedan cumplir con esta responsabilidad hacen falta dos condiciones. Primero, que los propios maestros sean lectores letrados, y segundo, que la SEP cambie el propósito de los diez o doce años de estudio que abarca la educación básica. En adelante esa meta no debe ser ya alfabetizar a los alumnos, sino formarlos como lectores letrados, capaces de producir textos.

Jamás conseguiremos una población mayoritariamente lectora mientras no logremos hacer lectores a los maestros de educación básica y convertirlos en los más importantes promotores de la lectura y la escritura.



Daniel Cosío Villegas

Una y otra condiciones son obligatorias. Como dice Pennac —cuando es leído con atención— también el verbo leer se conjuga en imperativo —lo que no debe hacerse es conjugarlo sin compañía.

Un maestro, un bibliotecario, un padre de familia, un buen promotor de la lectura y la escritura *tiene que ser* un buen lector autónomo y ejercitarse en la escritura. Esto no es opcional. *Tiene que ser*. Es obligatorio. Lo subrayo porque la visión romántica —en el peor sentido de la palabra— de que la lectura autónoma tiene que estar libre de cualquier tipo de obligación y de presión se ha extendido más de la cuenta. Hay que volver a Pennac y leerlo a fondo.

Cada vez que digo esto hay alguien en la audiencia que en ese momento, entre divertido e indignado, me recuerda el primero de los derechos que Pennac propone para los lectores: *el derecho a no leer*. En el mismo tono en que mi interlocutor lo haya expuesto, le recuerdo que esos derechos son *de los lectores*. Los no lectores *no tienen derecho a no leer*. Sencillamente, para ellos, la lectura autónoma no existe; no tienen que preocuparse por ella. Así que, primero hay que hacerse lector y, ya después, pero sólo *después*, tendremos derecho a no leer.

Pennac no dice que alguien tenga derecho a no ser lector, sino que los lectores tienen derecho a no leer. Tampoco dice —hay que leerlo con cuidado— que jamás deba exigirse alguna lectura. Lo que no debería hacer nadie es mandar a alguien a leer lo que él no ha leído; a leer mientras él se instala frente al televisor. A menudo, para formar a los lectores autónomos, y para iniciarlos en la escritura, será preciso aplicar cierta presión, imponer la lectura de algunos textos, hacer obligatorias ciertas tareas.

Existe el derecho a no ser lector. No todos están obligados a ser lectores autónomos. De acuerdo. Pero si alguien decide ser un promotor de la lectura y de la escritura —un profesor, un padre de familia, un bibliotecario— entonces sí tiene la *obligación* de ser un buen lector y de escribir con frecuencia.

No todos estamos obligados a saber de anatomía. Pero más nos vale que los médicos crean que ellos sí deben conocerla.

Espero que esté claro para qué queremos lectores letrados capaces de producir textos, de convertir su experiencia en expresión. Los queremos para que nuestras naciones alcancen el desarrollo que merecen y sean más respetadas, más prósperas, más democráticas, más justas.

Muchas veces Panamá y México han tenido que empuñar las armas para defender su territorio, y mu-

chas veces han sufrido tratos indignos. Todos ustedes recuerdan versos de la “Visión de Panamá”, de Demetrio Korsi:

Panamá la fácil. Panamá la abierta,
Panamá la de esa Avenida Central
que es encrucijada, puente, puerto y puerta
por donde debiera entrarse al Canal.

Movimiento. Tráfico. Todas las cantinas,
todos los borrachos, todos los fox-trots,
y todas las rumbas y todos los grajos
y todos los gringos que nos manda Dios.

Diez mil extranjeros y mil billeteras...
Aguardiente, música... ¡La guerra es fatal!
Danzan los millones su danza macabra.
Gringos, negros, negros, gringos... ¡Panamá!

Es tiempo de emprender, con ímpetus nuevos, el camino de la grandeza de nuestras naciones. Y ese camino, la dimensión de nuestro desarrollo comienza aquí donde yo estoy acabando, en la lectura y la escritura; en la voz escrita de los poetas. Esos seres de los que habla Moravia Ochoa López:

nosotros los redimidos por el espíritu, nosotros los
[espirituales niños y niños tristes
nosotros los que cantamos al amor y a la tristeza, a
[la muerte y la vida, a la claridad,
nosotros, pendencieros, buscapleitos,
nosotros los que en amor amamos, luchadores,
nosotros transparentes y calmados
somos más que un humano, somos dioses

Porque será la poesía la que nos salve; es decir, la lectura y la escritura y la manía de entenderlo todo serán los cimientos de nuestro desarrollo. De manera que, si nos ponemos a leer y a escribir, un día, más próximo de lo que pensamos, serán realidad las palabras de José Franco:

Aún te siguen golpeando,
Patria mía.
Sin embargo,
mañana serás júbilo,
podré mirarte alegre,
oler tu casa limpia,
sentir la aurora libre
sobre tu patrimonio.

Junto a tu corazón,
mañana, te lo juro,
cantaremos un himno
por la vida. **U**